

LA DEFENSA DE UNA CULTURA: EL BERÉBER MOHAMMED

KHAÏR-EDDINE

Juan José Perales Gutiérrez

Universidad de Sevilla

Cuando la arboleda desaparece y no quedan rastros de pinos, de encinas ni de alcornoques, cuando los últimos eucaliptos se dejaron muy atrás y no adornan la tierra reseca más que cactus de mil especies distintas y un árbol un tanto insólito y desconocido para la gente del norte –el argano- , entonces se puede decir que estamos en el sur. De lejos puede parecer un olivo salvaje, pero sus frutos son amarillos y gruesos, las ramas están cubiertas de unas enormes espinas y es normal que las cabras se encaramen a él y suban hasta las partes más altas. Cuando nos referimos al sur, debemos ser más concretos y decir el sur del sur, pues para los europeos los andaluces somos ya el sur, la costa mediterránea marroquí es el sur para nosotros, y para los marroquíes el sur es toda la franja territorial que, a partir de 1912, fue colonizada por los franceses, y constituyó el Protectorado, parte de él, pues el norte del país fue ocupado por España y formó el otro Protectorado. Pero nuestro sur no aparece más que muchos kilómetros más abajo, pasada la ciudad de Marrakech, y superado el gran puerto de Agadir. Es zona montañosa y árida, en los contrafuertes del AntiAtlas, poblada mayoritariamente por pueblos beréberes, cuya lengua es muy diferente del árabe, reconocido como única lengua oficial. El beréber es hablado también en otras zonas de Marruecos, por cinco tribus distintas, según Jean Servier¹, el cual distingue el Rif, en el norte, las regiones montañosas del centro y la parte oriental del Alto Atlas, el oeste de esta región y la recorrida por el río Sous, el valle del Draa, en el extremo sur, y los aledaños de la

ciudad de Oujda, en el noreste. Esos dialectos, que forman parte de la lengua común, el tamaziht, hablado por el pueblo beréber o amazigh, tienen entre sí diferencias fonéticas y léxicas, hasta el punto de que resulta difícil la comprensión entre un berberófono del norte y otro del sur. La razón fundamental de estas variedades es, según Servier, la ausencia de una lengua escrita. Otros autores sólo distinguen dos variedades²: el tamazight del norte y el chleuh del sur, el primero muy amenazado por el avance imparable del árabe, y el segundo que constituye la verdadera reserva lingüística beréber. Las dos cubrirían más de la mitad del territorio nacional, pero siempre como segunda lengua, lo mismo que ocurre en los demás Estados con población beréber, doce, según Gabriel Camps, destacándose Marruecos, Argelia, Mauritania, Túnez y Libia. Se acabaron los tiempos en que gran parte de la población, sobre todo la rural, sólo hablaba el beréber, dándose el caso de escritores magrebíes que pasaron de comunicarse oralmente en su lengua natal, a escribir en francés, ignorando en la infancia el árabe hablado y, sobre todo, el escrito. Es el caso de Mouloud Ferraoun, nacido en la región argelina de la Gran Kabilia, en el seno de una familia muy humilde que lo dedicó al pastoreo, hasta que, a los siete años, comenzó a estudiar en una escuela francesa, y que, con el tiempo, se convierte en un “clásico” de la literatura francófona del Magreb, o el de Mouloud Mammeri, nacido igualmente en la Gran Kabilia, y que, a través de sus novelas, todas en francés, pretende mostrar el ser profundo del pueblo kabil. La imposición generalizada de la lengua árabe se debe en gran parte al esfuerzo de uniformización de los Estados que surgieron del proceso de descolonización de los años cincuenta – en 1956 Marruecos y Túnez consiguen la independencia-, y de los sesenta –en 1962 le llega el turno a Argelia-. A la aculturación como fruto de la colonización francesa, le sigue una nueva aculturación, esta vez de la mano de los

¹ Servier, Jean: *Les Berbères*, Puf, Paris, 1990.

² Camps, Gabriel: “Berbères. Mythe ou réalité?” in *Les cultures du Maghreb*, L’Harmattan, Paris, 1996.

nuevos Estados, que desean barrer las comunidades autóctonas minoritarias, según, Makilam, autora argelina nacida en Kabilia, y muy crítica con la labor de los diferentes gobiernos argelinos, que han negado su entidad a la gran región beréber de Argelia. De ahí las revueltas de la población de Kabilia a partir de los años ochenta, movimiento que en nuestros días perdura con fuerza creciente, a la búsqueda del reconocimiento de su personalidad lingüística y cultural, y acorde con su tradición de hombres libres y de nobles guerreros, que esto mismo es lo que significa Imazighen, plural de Amazih; los Romanos les llamaron “barbari”, pues estaban fuera de las fronteras del Imperio, y los Arabes los transformaron en Berarber en plural, Berber en singular. Bien es verdad, sin embargo, que otras razones han acelerado la desaparición de la lengua vernácula en algunas zonas, como es el que el árabe sea la lengua en que está escrito el Corán y que la islamización de los pueblos beréberes se inició ya en el siglo VII, aunque, como veremos, con muchas dificultades y pasos atrás. También ha influido el hecho de que las relaciones comerciales hayan tenido que llevarse a cabo en árabe, pues es ésta la lengua de comunicación en las grandes ciudades, y el que también sea ésta la lengua empleada por las capas más favorecidas de la sociedad desde el punto de vista cultural y social.³

Es de resaltar que la existencia de la historia y de la civilización beréber es analizada de forma muy diferente según la procedencia de los diferentes autores. Hemos citado ya a una autora beréber, Makilam, que, en su obra, pone el acento en la especificidad del pueblo beréber. Su resistencia a la islamización, dice, fue constante desde finales del siglo VII, con numerosas sublevaciones, como la de la profetisa La Kahena en el siglo VIII, o el nacimiento en el noveno de una herejía, el “Kharédjisme”, bajo cuya fachada religiosa se escondía una resistencia al poder basado en el Islam. Si,

³ Cfr. Jean Servier: op. cit., pág. 24.

finalmente, fue aceptada dicha religión, se hizo creando movimientos reformistas que se apoyaron en la dinastía de los Almohades y en la de los Almorávides, grandes imperios beréberes que extendieron su poder desde Senegal hasta Andalucía, y que marcaron profundamente el Islam.⁴ La invasión francesa, a partir de 1830, segregó los distintos asentamientos beréberes del norte de África, pero la Kabilia fue la última en ceder: no cayó hasta 1857. Esta voluntad de subrayar la existencia pasada y presente del pueblo beréber la vemos asimismo reflejada en autores europeos, que intentan acotar las manifestaciones culturales y sociológicas calificadas como beréberes, ya que, tanto antes como ahora, todo lo que tenga alguna característica específica en el Magreb es denominado “beréber”. “Es calificado como beréber lo que parece fundamentalmente autóctono en el norte de África. Es beréber lo que no es o no parece de origen extranjero, es decir, lo que no es púnico, ni latino, ni vándalo, ni bizantino, ni árabe, ni turco, ni europeo.”⁵, dice Gabriel Camps. Desmitifica, sin embargo, este ensayista catalán, la existencia de dos etnias diferentes, la árabe y la beréber: “De hecho, el norte de África está poblado por mediterráneos, antropológicamente idénticos a los italianos del sur de la península, a los españoles, a los insulares del Mediterráneo occidental, a los provenzales, y a los franceses del Languedoc. En Marruecos, en Argelia, en Túnez y en Libia se reconoce tan fácilmente como en los países europeos del sur, una variedad llamada atlanto-mediterránea, bastante alta y robusta, y una variedad ibero-insular, más grácil. Que se denominen árabes o beréberes, los magrebíes pertenecen en un 80% a estas dos variedades del tipo mediterráneo.”⁶. La conclusión que extrae Camps es que

⁴ Cfr. Makilam: *La magie des femmes kabyles et l'unité de la société traditionnelle*, L'Harmattan, Paris, 1996, pág. 14.

⁵ Camps, Gabriel: op. cit., pág. 37.

⁶ Ibidem: págs. 35-36. La traducción es del autor del presente trabajo.

no existen en todo el Magreb árabes y beréberes, sino beréberes berberófonos y beréberes arabófonos y arabizados.

La responsabilidad de los gobiernos árabes en el retroceso de la lengua y de la cultura beréberes es también resaltada en este caso, pero con la diferencia de que se pone de relieve el interés de las naciones magrebíes que accedieron a la independencia en negar la importancia de la diferencia entre cultura árabe y cultura beréber al mismo tiempo que achacaban a Francia el objetivo de aumentar artificialmente el hecho autóctono para así minimizar la unidad árabe de los pueblos del Magreb, es decir, crear un problema inexistente con la ayuda de antropólogos e historiadores que favorecerían así las discordias internas, debilitando la ansiada gran nación árabe e islámica. Como ejemplo de la falsedad de tal acusación, Camps cita la opinión de los geógrafos del siglo XIX que reprochan al Estado francés su voluntad de imponer a todos los argelinos la lengua árabe a través de la administración, de la justicia y de la práctica del Islam. “Habrá que reconocer que son éstas unas aplicaciones curiosas de la ‘política beréber’ denunciada tan frecuentemente por los historiadores y politólogos de la era poscolonial.”⁷, concluye.

Frente a estas dos ópticas, podemos analizar la un autor árabe, Hichem Djaït, que publica un artículo titulado “Les cultures maghrébines à travers l’Histoire” en la misma obra colectiva que Gabriel Camps. Reconoce cinco siglos de gobierno beréber en el Magreb, desde el año 1000 al 1500, pero según un modelo musulmán. Resalta el hecho de que, en la organización del Estado, los beréberes, con la excepción de algunas características específicas de los Almohades, calcularon el modelo de Estado islámico clásico, utilizando la lengua árabe y apoyándose en la “sharia”, la ley islámica. “En Marruecos como en Túnez, dice Djaït, estos Estados no tenían ninguna conciencia de su

⁷ Camps, Gabriel: op. cit. pág. 38.

berberismo y en absoluto lo tenían como fundamento de su poder ni de las lealtades que reclamaban.”⁸

Pero volvamos a ese sur de los arganos debilitados por las podas clandestinas y por el intenso calor, árboles espinosos mil veces vencidos y mil veces resucitados, según las palabras del beréber Mohammed Khaïr-Eddine, nacido en Tafraout, ciudad alejada ya de la última población costera del sur marroquí, Tiznit, puerta de la región montañosa del AntiAtlas, donde nuestro autor ubica su obra *Légende et vie d'Agoun'chich*⁹, escrita en 1984, a la vuelta de su exilio en Francia, donde escribe virulentos textos que denuncian tanto la barbarie colonizadora como las mentiras y la hipocresía de un sistema, el de la sociedad marroquí, basado en el respeto sagrado por los ancestros y los patriarcas, así como en una monarquía que se sustenta en la represión y el sufrimiento de la clase trabajadora, cuya cabeza visible es el rey Hassan II, presentado en su novela *Agadir* como la hidra de nuestra era, un rey negativo que se nutre de la sangre del pueblo.¹⁰

Ya desde el principio de *Légende et vie d'Agoun'chich* Khaïr-Eddine destaca que el sur es una lengua, la tachelhīt, una variedad del beréber tamazight, y una geografía notablemente distinta a la del norte: “A las penillanuras de la costa, a veces cubiertas de verde y a veces desnudas, les sucede un suelo que se pliega poco a poco transformándose lentamente en un suelo atormentado que destila otras esencias.” (pág. 7). Es lugar duro y a veces inhóspito, insoportable en las horas centrales del día, ya que el sol parece estrechar “estas tierras con un sudario azul y rojo, tirando a rosa, a violeta y a un amarillo oro cargado de electricidad estática.” (pág. 82). Se complace el autor en describir su ciudad natal, lo que fue y lo que es, ya que Tafraout, como tantas otras,

⁸ Djaït; Hichem: “Les cultures maghrébines à travers l’Histoire” in *Les cultures du Maghreb*, págs. 66-67.

⁹ Seuil, Paris, 1984. Cérès Éditions, Tunis, 2001. Todas las citas de esta obra serán extraídas de esta última edición y traducidas por el autor del presente trabajo.

¹⁰ Khaïr-Eddine, Mohammed: *Agadir*, Seuil, Paris, 1967, págs. 73 y 82.

vivió un notable cambio con la llegada de los colonizadores franceses, que intentaron racionalizar la arquitectura, eliminando el zoco hecho de lonas sujetas con cuerdas, que abrigan un sinfín de puestos callejeros, y construyendo en su lugar pequeñas tiendas idénticas bajo arcadas. Asimismo, levantaron numerosos edificios de estilo colonial donde ubicaron las oficinas de la nueva administración. Khaïr-Eddine subraya el objetivo uniformador del invasor, pues las tiendas exhalan también idénticos olores, y el trazado de las nuevas calles es rectilíneo, con arriates de adelfas dispuestos en orden a izquierda y derecha. Afortunadamente, la naturaleza circundante no ha sido modificada, excepto los muy desafortunados dibujos que un artista occidental quiso dejar en la roca granítica, macizos tremendos, esferas en equilibrio inestable que forman caprichosas figuras, reino de los lagartos, de los escorpiones y de los chacales. Los pueblos cercanos aparecen colgados en la falda de las formaciones rocosas, manchas diminutas blancas y ocre, cal y tierra, lugares silenciosos, sospechosamente solitarios. En efecto, se echa en falta la muchedumbre de jóvenes y adolescentes que llena los espacios habitados en todo el país. Es el efecto de la huida, el fruto del comentario cuidadosamente introducido, como dice nuestro texto, que hizo estragos en las conciencias, creando un irreprimible deseo de partir. La tierra es entonces abandonada, y las mujeres, piezas fundamentales de la sociedad, por su papel de garantes de una cultura que únicamente se transmite oralmente, cambian la inmensidad de los espacios abiertos de la montaña por los exiguos y claustrofóbicos de los pisos. A la desolación de los pueblos del AntiAtlas se une la pérdida de una cultura y de una lengua minoritarias frente a la civilización de los otros, llámense árabes u occidentales. La dispersión, el desarraigo, la pérdida de la memoria colectiva y ancestral terminan por hacer desaparecer las bases de la cultura beréber y disminuir el número de los berberófonos.

Cuando este pueblo tiende a difuminar su esencia, no sólo se está eliminando una gran riqueza local, sino que se olvida una tradición arraigada, causa de un feliz mestizaje: el de la minoría beréber con la minoría negroafricana, asentada en el sur a causa del tráfico de esclavos traídos del África negra. Representa esta tradición el punto de convergencia de dos culturas, cuyos colores, ritmos y arte se manifiestan “en las cosas más pequeñas, dice el texto, en los más mínimos gestos, impregnando los objetos, tanto de cerámica como de hierro forjado. A través de él, se descubre el genio de esos pueblos que intentan olvidar el odio, la trata antigua y actual, y que practican el mestizaje biológico y cultural sin reservas mentales.” (pág. 19).

La tierra está íntimamente unida a los que habitan las montañas del sur, del centro y del norte de Marruecos, y actúa como un nexo permanente con los que la habitaron, con los ancestros, que tanto la trabajaron para hacerla menos árida. Quiénes sino ellos plantaron los olivos, los almendros, las palmeras datileras, los granados y los algarrobos, cavaron los pozos y alinearon y amontonaron las piedras para defender los asentamientos, para proteger los “agadires”, “(...) enormes almacenes fortificados donde cada familia poseía una habitación en la que guardaba la cebada, el aceite, las joyas, las ropas para las ceremonias, las reliquias, y cuya llave estaba siempre en manos de la mujer de más edad del clan.” (pág. 125). Los antepasados están presentes en todo momento, por sus obras y su protección, y con ellos se renueva el pacto en múltiples momentos de la vida cotidiana, ritualizando muchos gestos y actividades, repitiendo de manera profunda y simbólica lo que ellos transmitieron. Si sobre la mujer recaen las tareas del hogar, también será ella la que oficie como sacerdotisa del clan, apareciendo como diosa protectora que asegura la cohesión de la comunidad. Khaïr-Eddine expone una y otra vez, a lo largo de su texto, el papel principal de la mujer en el interior del grupo, como base del pensamiento beréber, sin esconder la postura acomodaticia

masculina que sólo interviene en el momento de las grandes tareas agrícolas como la recolección, dejando en manos femeninas el resto del trabajo del campo y del hogar. Sin embargo, no es propio de la idiosincrasia beréber el desprecio de la mujer, introducido más tarde por los grandes patriarcas, “en los que siempre observé una total ausencia de moral. Fueron a la vez copuladores, ladrones y juristas (...) Maltrataban a la Mujer, diciendo que era la mayor calamidad (...) eran cómicamente malvados ... y tan simples, alrededor de las piedras truncadas, que se pelearon entre ellos” (pág. 89). Fácil es reconocer en estas palabras la miseria achacada a los propagadores del Islam, su corrupción y sus métodos violentos en el afán por imponer la nueva religión; los profetas habían actuado sin contemplaciones en el momento de dominar a sus enemigos, dice el texto, “Nadie puede ignorar que los libros santos están escritos con sangre aun caliente y con lágrimas durante las espantosas convulsiones del nacimiento de la humanidad.” (pág. 38). No impide que, si este tipo de religión es muy negativa, haya manifestaciones espirituales positivas que emanan de la tradición popular beréber. Son las emparentadas con los ascetas y santos auténticos, frutos de una cultura espartana y tendente al misticismo. En torno a ellos surgen las tumbas milenarias y los recintos sagrados de las “zaouïas”, lugares de paz y de reposo donde los vagabundos encontraban sustento. Allí se dirigían, y se dirigen, miles de peregrinos una vez al año, dando lugar a multitudinarias manifestaciones espirituales y comerciales, donde la magia y los espectáculos se codean con los rezos, todo dentro de una cierta heterodoxia y permisividad en la que también cabe la búsqueda de un pretendiente bajo el argano de los casamientos.

En resumen, no se puede negar la existencia de una historia, una cultura y una lengua beréberes, muy influenciadas las dos primeras por la invasión de los árabes y la consiguiente islamización, y muy amenazada la segunda por la lengua dominante,

de tal manera que la zona de influencia beréber es mucho mayor que la zona berberófono. Las naciones del Magreb, al acceder a la independencia, intentaron borrar las huellas de una cultura autóctona, por miedo a que supusiera una traba a la política del panarabismo, achacando a las potencias colonizadoras la invención de tal fenómeno. La represión de la lengua beréber se hace especialmente patente en Argelia, donde se han producido y se siguen produciendo movimientos multitudinarios reivindicativos. En Marruecos, los pueblos beréberes se asientan fundamentalmente en las regiones montañosas del norte, centro y sur, siendo esta última el gran reducto de cultura autóctona. Allí se encuentra la ciudad de Tafraout, donde nació el escritor Mohammed Khaïr-Eddine, que en su obra y, fundamentalmente, en la novela *Vie et légende d'Agoun'chich* se erige en defensor de una civilización que aun conserva rasgos propios, pero que se encuentra en vías de extinción por el progresivo abandono de la tierra y la huida masiva de sus gentes hacia los espejismos del norte.